

## BARTLEBY JUSTIFICADO

### LA VISIÓN DE MELVILLE RESCATADA POR EL MENSAJE DE ESCRIVÁ

SANTIAGO ARGÜELLO

Doctorando en Filosofía. Universidad de Navarra (Pamplona)

Los sucesos vividos en Ciudad del Vaticano el 6 de octubre de 2002, con motivo de la Canonización de san Josemaría Escrivá, conllevan evidentemente un alcance que trasciende el espacio y el tiempo: no es otra la dimensión propia del poder que poseen los acontecimientos divinos. Esencial a estos hechos es la gracia sobrenatural, y su destino, el hombre libre. Por otro lado, su trascendencia les permite una análoga influencia sobre el presente, el futuro, e, incluso, el pasado. Ciertamente, cómo pueda llegar a ser de otra manera lo que ya ha sido, es algo bien difícil de entender. Justamente por ello, uno no puede menos que sentir inquietud ante las siguientes palabras de John Henry Newman: «La gracia puede rehacer el pasado, puede obrar lo imposible»<sup>1</sup>. En la búsqueda de la intelección de este curioso fenómeno, intentaré aquí desvelar una repercusión literaria retroactiva (en la que, todavía, podrá observarse la trascendencia espacial). Entre los numerosos personajes creados por el espíritu humano, hay uno que, ante la reciente glorificación de Escrivá, acude pronto a mi mente: *Bartleby, the Scrivener*.

Desde luego, ha sido Jorge Luis Borges –simpatizante cualificado del relato de Herman Melville– quien, en la introducción a su traducción al castellano de este cuento, sostenía que *Bartleby* es el mejor precursor de Kafka<sup>2</sup>. ¿De qué manera, entonces –se indagaría con natural asombro–, podría establecerse una relación amistosa entre el mensaje de Escrivá y aquel pesimismo calvinista, escéptico, rebelde, de Melville<sup>3</sup>; predecesor, a su vez, del espíritu kafkiano, al que probablemente

1. NEWMAN, J.H., *Discourses to mixed congregations*. Edición española: *Discursos sobre la fe* (introd., notas y trad. de José Morales), Rialp, Madrid 1981, p. 84.

2. Cfr. MELVILLE, H., *Bartleby* (Prólogo y trad. de Jorge Luis Borges), Edicom, Buenos Aires 1969, pp. 11-12. Edición según el cuento que aparece en el volumen de *The Piazza Tales* de 1856, New York and London. Citaremos por la presente edición castellana.

3. Cfr. Introducción de María Eugenia Díaz a MELVILLE, H., *Bartleby, el Escribiente. Una Historia de Wall Street* (texto bilingüe), Universidad de León, León 1995, pp. 11-12.

nadie aventaje en genialidad para presentar una visión desesperantemente trágica de la realidad (por absurda)? Dejo a juicio del lector el éxito o fracaso de mi empresa, y ante él presento a continuación el inteligente diálogo que observo entre san Josemaría Escrivá y Herman Melville, o, lo que es igual, entre el mensaje del primero y *Bartleby*.

Para ello, nos centraremos en la existencia del personaje de Melville, a fin de considerar de qué manera el enigmático *Bartleby* se sentiría cabalmente comprendido por el mensaje de Escrivá (pasando delicadamente por alto –o, más exactamente, siendo redimidos– algunos absurdos en los que cae su proceder vital); entonces, habremos de atender también –al hilo de aquella observación– algunas cuestiones que atañen a la concepción del trabajo que tenía el Fundador del Opus Dei.

#### *Trabajar en y para el sistema burgués*

Si nuestro propósito es reflexionar a partir de su figura, antes que nada hemos de preguntar: ¿quién es *Bartleby*? La primera impresión que tiene el lector de este personaje es la de un hombre anodino y poco sobresaliente, corriente como cualquier otro viandante de Wall Street. Así también le había parecido a su jefe, el abogado que lo contratara un día para que desempeñe las tareas de escribiente o pasante; narrador, a su vez, de la breve historia biográfica de *Bartleby*:

«Un joven inmóvil apareció una mañana en mi oficina; la puerta estaba abierta, pues era verano. Reveo esa figura: ¡pálidamente pulcra, lamentablemente decente, incurablemente desolada! Era *Bartleby*.

Después de algunas palabras sobre su idoneidad, lo tomé, feliz de contar entre mis copistas a un hombre de tan morigerada apariencia, que podría influir de modo benéfico en el arrebatado carácter de Turkey, y en el fogoso de Nippers»<sup>4</sup>.

Y para mayor satisfacción de su empleador, el nuevo joven contratado contaba con el hábito de trabajar incansablemente:

«Al principio, *Bartleby* escribió extraordinariamente. Como si hubiera padecido un ayuno de algo que copiar, parecía hartarse con mis documentos. No se detenía para la digestión. Trabajaba día y noche, copiando, a la luz del día y a la luz de las velas»<sup>5</sup>.

Como si el nuevo pasante supiese de memoria al santo: «Me gusta tu lema de apóstol: «trabajar sin descanso»»<sup>6</sup>; o, en cualquier caso, el primer

4. MELVILLE, H., *Bartleby*, cit., pp. 33-34.

5. *Ibíd.*, p. 35.

6. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Camino*, en *Obras Completas I/1*, edición crítico-histórica preparada por Pedro Rodríguez, Rialp, Madrid 2002, n. 373.

libro de la Escritura Santa: *ut operaretur*<sup>7</sup>. Hombre, tienes la existencia para trabajar. Quizá sea del todo innecesario observar que aquí, como también ocurre con otras proposiciones de la ley divina, la letra puede matar, o, en el mejor de los casos, fatigar: «Yo –nos cuenta el jefe del nuevo escribiente–, encantado con su aplicación, me hubiera encantado aún más si él hubiera sido un trabajador alegre. Pero escribía silenciosa, pálida, mecánicamente»<sup>8</sup>. Hay que llegar, pues, hasta su espíritu<sup>9</sup>. Mediante el mensaje de Escrivá, dicha verdad bíblica se torna fácil de entender: trabajar es exactamente lo mismo que vivir una vida humana, y, con la gracia de Dios, una vida santa. Porque el trabajo es el ingrediente –la sal– que empapa la íntegra existencia ordinaria del hombre, y si estuviese ella iluminada por aquella luz *descendens a Patre luminum*<sup>10</sup>, entonces, el trabajo se constituiría en *operatio Dei*, la vida entera sería *opus Dei*. Vivir así, ciertamente no es tener una jornada laboral de veinticuatro horas: simplemente es contemplar las cosas a la luz del Génesis, desde el punto de vista de Dios. En acción o en reposo, es estar participando activamente del poder creador de Dios, que el séptimo día descansó<sup>11</sup>.

Volviendo al relato. Su jefe estaba satisfecho de haber encontrado a Bartleby: es importante tener en cuenta quién es el abogado, pues Bartleby no se constituiría tal cual ante nosotros sin el punto de vista existencial de su narrador<sup>12</sup>. Y éste es el de un perfecto burgués<sup>13</sup>.

Ahora bien, ser burgués es, sencillamente, estar adaptándose de modo permanente y tan arraigado (como improbableísimo de que tal raigambre sea perturbada), a lo que podríamos denominar –no sin cierta vaguedad y posible incorrección– *sistema*. Permítaseme, pues, caracterizar este concepto enumerando los siguientes aspectos: lo que impera social y culturalmente de modo amplio y global, lo establecido, lo que está de moda, lo aparentemente más poderoso. Para señalarlo con una metáfora, aquel *mecanismo-de-reloj* que rige la vida de los hombres en sociedad, de acuerdo a una serie de pautas culturales impuesta a dicha sociedad, y desde una determinada concepción metafísica. Así, el mundo que aparece es el reloj, y lo que lo constituye como tal, esto es, lo que lo hace funcionar, es ese mecanismo que se *ubica detrás* del mundo influyéndolo causalmente. El sistema, pues, es el todo: el mecanismo y el reloj que se cierne ante los ojos. Una estructura, en definitiva, amalgamada de naturaleza y cultura.

7. Gen, 2, 15.

8. MELVILLE, H., *Bartleby*, cit., p. 35.

9. Cfr. 2 Cor 3, 6.

10. Iac 1, 17.

11. Cfr. Gen 2, 1-3.

12. Cfr. MELVILLE, H., *Bartleby*, cit., p. 18.

13. *Ibid.*, pp. 17-33.

Es evidente que, en rigor, ningún mortal subsistente puede habitar fuera del sistema: todos y cada uno de los hombres han de adaptarse de alguna manera a él. La cuestión con el burgués –más propiamente designado por el participio pasivo: *aburguesado*–<sup>14</sup> está en que él gasta su entera existencia sólo en adaptarse al sistema, sin capacidad ni interés alguno para renovarlo. El protagonista activo de los acontecimientos no es el individuo –porque él es un ser pasivo–, sino el sistema. Ahora bien, en este caso, el funcionamiento del sistema se vuelve tiránico a causa de que la lógica que lo rige es incomprensible. Y porque los individuos que componen las piezas de dicho régimen son seres aburguesados, bien se da en llamar a este fenómeno *sistema burgués*, que es contra lo que Bartleby se rebela.

*La nueva rebeldía: su aspecto pasivo y activo*

En sus primeras manifestaciones, Bartleby parecía ser un perfecto y útil engranaje del sistema: «(el trabajo de un escribiente) es un asunto cansador, insípido y letárgico. Comprendo que para temperamentos sanguíneos, resultaría intolerable. Por ejemplo, no me imagino al ardoroso Byron, sentado junto a Bartleby, resignado a cotejar un expediente de quinientas páginas, escritas con letra apretada»<sup>15</sup>. Pero de más está señalar –para quien ya haya leído el cuento completo– que no lo era. Y poco tarda en revelar su condición extraña, virósica, corrosiva, su profunda inclinación a rebelarse contra el imperio de lo burguésmente establecido; en tal postura empieza prontamente a instalarse frente a su jefe:

«Al tercer día de su estada, y antes de que fuera necesario examinar lo escrito por él, la prisa por completar un trabajito que tenía entre manos, me hizo llamar súbitamente a Bartleby. (...)

Imaginen mi sorpresa, mi consternación, cuando sin moverse de su ángulo, Bartleby, con una voz singularmente suave y firme, replicó: Preferiría no hacerlo»<sup>16</sup>.

Al medir el éxito de su actitud existencial, expresada ahora sin tapujos, no podía menos que ir cantando victoria. Ante el tercer pedido seguido de su jefe para que hiciera lo que le ordenaba, y Bartleby respondiese siempre de la misma manera –*I would prefer not to*–, el abogado confiesa su derrota:

14. Cfr. PIEPER, J., «Was heisst Philosophieren». Edición española: «Qué significa filosofar» (trad. de Manuel Salcedo), en *El ocio y la vida intelectual*, Rialp, Madrid 1998, pp. 127-129.

15. MELVILLE, H., *Bartleby*, cit., p. 36.

16. *Ibid.*, pp. 36-37.

«Lo miré con atención. Su rostro estaba tranquilo; sus ojos grises, vagamente serenos. Ni un rasgo denotaba agitación. Si hubiera habido en su actitud la menor incomodidad, enojo, impaciencia o impertinencia, en otras palabras si hubiera habido en él cualquier manifestación normalmente humana, yo lo hubiera despedido en forma violenta. Pero, dadas las circunstancias, hubiera sido como poner en la calle a mi pálido busto en yeso de Cicerón.

Me quedé mirándolo un rato largo, mientras él seguía escribiendo y luego volví a mi escritorio. Esto es rarísimo, pensé. ¿Qué hacer? Mis asuntos eran urgentes. Resolví olvidar aquello, reservándolo para algún momento libre en el futuro. Llamé del otro cuarto a Nippers y pronto examinamos el escrito»<sup>17</sup>.

Como se ve, el método escogido por Bartleby para llevar a cabo su revolución, es poner en escena a la pasividad. Sin duda, peculiar modo de rebeldía. Con todo, no tan sorprendente camino nos parecería si atendiésemos con exactitud los motivos de su comportamiento. ¿Contra qué se está rebelando Bartleby? La profunda contradicción del mundo de Wall Street, tal y como se nos lo relata, era su blanco *preferido*. En efecto, el sinsentido de aquél –por lo demás, muy actual– consistía en promulgar el cambio como estabilidad:

«Soy, en primer lugar –dice de sí mismo el abogado–, un hombre que desde la juventud ha sentido profundamente que la vida más fácil es la mejor. Por eso, aunque pertenezco a una profesión proverbialmente enérgica y a veces nerviosa hasta la turbulencia, jamás he tolerado que esas inquietudes conturben mi paz. Soy uno de esos abogados sin ambición que nunca se dirigen a un jurado o solicitan de algún modo el aplauso público. En la serena tranquilidad de un cómodo retiro realizo cómodos asuntos entre las hipotecas de personas adineradas, títulos de renta y acciones. Cuantos me conocen, considéranme un hombre eminentemente seguro. El finado Juan Jacobo Astor, personaje muy poco dado a poéticos entusiasmos no titubeaba en declarar que mi primera virtud era la prudencia: la segunda, el método.

No lo digo por vanidad, pero registro el hecho de que mis servicios profesionales no eran desdeñados por el finado Juan Jacobo Astor; nombre que, reconozco, me gusta repetir porque tiene un sonido orbicular y rítmico como el oro acuñado»<sup>18</sup>.

En la misma vorágine circular es que tal *mundo del trabajo*<sup>19</sup> intenta alcanzar la inmanencia más absoluta posible: divinizado curso del

17. *Ibid.*, pp. 37-38.

18. *Ibid.*, pp. 18-21.

19. Cfr. PIEPER, J., «Qué significa filosofar» (trad. de Manuel Salcedo), en *El ocio y la vida intelectual*, cit., p. 37 y *passim*.

mundo que reclama trabajo incesante para alimentar una actividad que –como aquella figurada en el *The old man and the sea* hemingwayano– se postula a sí misma como fin. Por lo mismo, nada cambia. Todo sigue radicalmente igual que antes<sup>20</sup>. Mas, el impersonal y demoníaco dueño de este ligero río heraclíteo –el atroz *se* que designa a la moda burguesa; el mismo, por lo demás, que ha operado en campos de exterminio humano– tiene un enemigo con el que día a día guerrea secretamente: la inteligencia especulativa, lugar privilegiado de la auténtica felicidad humana, porque es allí únicamente donde Dios puede hacer acto de presencia en su prístina esencia<sup>21</sup>.

Este *mundo* –al que difícilmente podremos señalar con el dedo, aunque no por ello deja de ser real, *estar ahí*– reniega de Dios porque no quiere pensar en serio, aclarar su bochinche; o al menos no ve en ello una real satisfacción. No es otro, pues, el motivo de su afán desesperado y erróneo de satisfacer la materia<sup>22</sup>.

Con todo, su perversidad no es tan grave (como tampoco lo era la del abogado creado por Melville). ¿Puede ser una ingenuidad llamarle ignorancia o pereza? Hablando de *Moby Dick*, la gran obra de Melville –«la novela infinita que ha determinado su gloria»<sup>23</sup>–, Borges decía: «... el símbolo de la Ballena es menos apto para sugerir que el cosmos es malvado que para sugerir su vastedad, su inhumanidad, su bestial o enigmática estupidez. Chesterton, en alguno de sus relatos, compara el universo de los ateos con un laberinto sin centro. Tal es el universo de *Moby-Dick*: un cosmos (un caos) no sólo perceptiblemente maligno, como el que intuyeron los gnósticos, sino también irracional, como el de los hexámetros de Lucrecio»<sup>24</sup>. Y C.S. Lewis acertaba al caricaturizarnos (se divertía en serio) como el conjunto de seres insignificantes y débiles, «parásitos con una mente tan confundida, con unas reacciones tan pasivas frente al entorno, difíciles de elevarlos al nivel de claridad y deliberación que puede alcanzar el pecado mortal»<sup>25</sup>. Palabras éstas que el escritor irlandés pone en boca de un diablo –inteligente como todo par suyo–, al pronunciar su parecer acerca de los mortales del siglo XX ante la Academia de entrenamiento de tentadores para jóvenes diablos.

20. Cfr. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Camino*, Rialp, Madrid, n. 837.

21. Cfr. TOMÁS DE AQUINO, SANTO, *Quaestiones disputatae de veritate*, q. 14, a. 4. Edición española: *De veritate*, 14. *La fe* (introd., trad. y notas de Santiago Gelonch y Santiago Argüello), Cuadernos de Anuario Filosófico 147 (2001).

22. Cfr. LLANO, A., *La Universidad ante lo nuevo. Lección inaugural del curso académico 2002-03*, Universidad de Navarra, 20 de septiembre de 2002, pp. 29-30.

23. MELVILLE, H., *Bartleby*, cit., p. 9.

24. *Ibíd.*, p. 10.

25. LEWIS, C.S., *Screwtape proposes a toast and other pieces*. Edición española: *El diablo propone un brindis y otros ensayos* (introd. y trad. de José Luis del Barco), Rialp, Madrid 1993, p. 37.

«Es muy difícil –continuaba Screwtape, que así se llama ese espíritu maligno–, por no decir imposible, que las criaturas en cuestión sean plenamente responsables desde el punto de vista espiritual de cada elección individual de lo que el Enemigo podría llamar el “mal” camino. No entienden ni el motivo ni el verdadero carácter de las prohibiciones que están quebrantando. Su conciencia apenas existe aparte de la atmósfera social que los rodea. (...) La conformidad con el entorno social, meramente mecánica e instintiva –¿cómo podría no conformarse una *gelatina*?–, se torna un credo no reconocido o un ideal de solidaridad, de ser como los demás»<sup>26</sup>. Incluso, en apoyo de estas consideraciones, habría que atender sobre todo al reciente magisterio de la Iglesia (seguramente debiera consultarse primero que los autores citados). Ella ha señalado, con expresión fuerte, que el mundo de hoy *esse non posse nisi mundum structuris peccati obnoxium*<sup>27</sup>.

Ahora bien, ¿cuántas veces el sistema ha sido verdaderamente conmocionado por *bartlebys* que le planten cara? Nuestro razonamiento debería presumir que, por cada Bartleby puesto en pie, un eje del sistema –al menos– habría de verse maravillado: «... había algo en Bartleby, que no sólo me desarmaba singularmente, sino que de manera maravillosa me conmovía y desconcertaba»<sup>28</sup>. No hay que olvidar, a su vez, que el asombro es el principio de la búsqueda de la sabiduría:

«No es raro que el hombre a quien contradicen de una manera insólita e irrazonable, bruscamente descrea de su convicción más elemental. Empieza a vislumbrar vagamente, que por extraordinario que parezca, toda la justicia y toda la razón están del otro lado»<sup>29</sup>, expresa en referencia a sí mismo el abogado.

Pero deberíamos atender con mayor detenimiento el método por el que el escribiente consigue inquietar al abogado. Su terca insistencia en desobedecer a los mandatos del sistema burgués en la persona de su jefe, no es fruto de un capricho infantil, sino más bien de una metafísica parcamente manifestada. Su razonamiento es más o menos éste: «Esta cosa concreta y pequeña que usted me pide es razonable, lógica, coherente..., pero ¿es que usted no se da cuenta de lo absurdo y contradictorio que subyace en su pedido, del trastorno metafísico que anima su *modus laborandi*?!». Exactamente, así lo apreciaba el abogado:

26. LEWIS, C.S., *El diablo propone un brindis y otros ensayos*, cit., p. 37. Podría recordarse aquí –a título ejemplar– lo que opinaba Arendt sobre la actuación criminal del teniente coronel de las SS Adolf Eichmann: cfr. ARENDT, H., *Eichmann in Jerusalem*. Edición española: *Eichmann in Jerusalem. Un estudio sobre la banalidad del mal* (trad. de Carlos Ribalta), Lumen, Barcelona 1999 (2.ª ed.), pp. 433-435.

27. JUAN PABLO II, *Sollicitudo Rei Socialis*, n. 36.

28. MELVILLE, H., *Bartleby*, cit., p. 40.

29. *Ibíd.*, p. 41.

«Me pareció que mientras me dirigía a él, consideraba con cuidado cada aserto mío; que comprendía por entero el significado; que no podía contradecir la irresistible conclusión; pero que al mismo tiempo alguna suprema consideración lo inducía a contestar de ese modo.

— ¿Está resuelto, entonces, a no acceder a mi solicitud, solicitud hecha de acuerdo con la costumbre y el sentido común?

Brevemente me dio a entender que en ese punto mi juicio era exacto. Sí: su decisión era irrevocable»<sup>30</sup>.

Y si pretendiésemos seguir adivinando el razonamiento no explícito del escribiente, le haríamos decir también esto: «Por mi parte, lo que hago (justamente eso que a usted le causa el complejo asombro cuyo objetivo no alcanza a descubrir) es acaparar, en mi *modus operandi*, en mi completa existencia personal, los aporéticos absurdos en los que nuestra existencia —la suya y la mía, la del resto de la humanidad cercana— se halla clausurada, nadando con superficial tranquilidad». Mas la retórica de Bartleby es de una sutileza y finura tales<sup>31</sup>, que, si de manera grotesca cantase a su jefe dichas evidencias, no tendría más remedio que aguardar angustioso la respuesta obvia: «¿Acaso tienes tú, despierto amigo, el mapa de salida?». Por esto, Bartleby rehúsa la estrategia avasalladora y jactanciosa de los héroes románticos<sup>32</sup>; prefiere, en su lugar, el método de la resistencia: «Preferiría no adecuarme al sistema, en lo que ello tiene de absurdo, y siempre y cuando ello me sea posible». De más está hacer ver al lector del cuento, que Bartleby iba pudiendo cada vez más. En efecto, resistir al mal es parte importante del ejercicio de la virtud<sup>33</sup>.

No es casualidad que hoy en día parezca renacer cierta afinidad estética —especulativa, en el fondo— por el silencio: «La única respuesta correcta —dejó escrito el príncipe de Lampedusa— al misterio de la belleza de Helena y a la aparición de Eros a su paso no es habla sino silencio»<sup>34</sup>. Valga rastrear la filosofía y la literatura contemporánea para ver el modo en que, según casos significativos, el poder de lo no-manifiesto ha sido ensalzado por encima de su contrario<sup>35</sup> (aunque evidente-

30. *Ibid.*, pp. 40-41.

31. De ahí que, como señala Borges, el tono idiomático de *Bartleby* sea «tranquilo y hasta jocosos». Prólogo a MELVILLE, H., *Bartleby*, cit., p. 10.

32. Cfr. INNERARITY, D., *Hegel y el romanticismo*. Tecnos, Madrid 1993, p. 121.

33. Cfr. ARANGUREN, J., *Resistir en el bien. Razones de la virtud de la fortaleza en Santo Tomás de Aquino*, EUNSA, Pamplona 2000, pp. 275-288. El problema con Bartleby es llegar a dictaminar con claridad en qué consista su resistencia al mal —su paciencia—. Desde luego, su aparente parálisis es contradictoria con la concepción clásica de esta virtud, que reniega de la tristeza. (Cfr. *Ibid.*, p. 2759).

34. TOMASI DI LAMPEDUSA, G., *Il Gatopardo*, Feltrinelli, Milano 1959.

35. Al respecto, se leerá con gusto y provecho el libro de VILA-MATAS, E., *Bartleby y compañía*, Anagrama, Barcelona 2000. Por otro lado, es bien conocido el final de la obra que

mente ello no haya de exagerarse, a no ser que también aquí se caiga en aporía). De modo distinto a la anterior legión de héroes, ensalzada en las artes románticas, los nuevos héroes de la posmodernidad parecen representar más un antiheroísmo que otra cosa. ¿Podríamos afirmar que Bartleby fue un héroe? Con toda la económica parsimonia que le es propia, estoy intentando mostrar aquí que Bartleby constituye una alegoría de Jesucristo, el más cabal de todos los triunfadores. En estrecha relación, pienso que la vida y el mensaje del Fundador del Opus Dei testimonian con claridad que la proclamación del nuevo heroísmo tiene un origen divino. Es frecuente encontrarlo exhortado en su predicación<sup>36</sup> o en sus *Apuntes íntimos*<sup>37</sup>.

Lo que ocurre con el nuevo heroísmo es que si verdaderamente no toma como fuerza mayor la *mano de Dios*<sup>38</sup>, su aspiración de mutar hacia lo mejor<sup>39</sup> necesariamente habrá de resolverse en pasividad; y, como un peso muerto, acabar ahogándose en aquel suicidio de la razón llamado escepticismo. Creo ver en la figura de Bartleby una lúcida presentación de este dilema –auténtica tensión irresoluble– entre aspiración y poder eficaz. Su intento de redimir al sistema se queda corto: él solamente ve la enquistada contradicción de aquél, pero no avista para él solución alguna que le convenza. La raíz última de su pasiva rebeldía es que, aun viendo con extraordinaria lucidez lo dado vuelta que está el mundo, lo único que le queda es sufrir, al no encontrar en dicho laberinto el hilo que asegure la *via ad exitus*<sup>40</sup>. A decir verdad, la raíz última

diera a Ludwig Wittgenstein fama mundial: «Wovon man nicht sprechen kann, darüber muß man schweigen». *Tractatus logico-philosophicus, in fine*.

36. «Pensando en aquellos de vosotros que, a la vuelta de los años, todavía se dedican a soñar –con sueños vanos y pueriles, como Tartarín de Tarascón–, en la caza de leones por los pasillos de su casa, allí donde si acaso no hay más que ratas y poco más; pensando en ellos, insisto, os recuerdo la grandeza de la andadura a lo divino en el cumplimiento fiel de las obligaciones habituales de la jornada, con esas luchas que llenan de gozo al Señor, y que sólo Él y cada uno de nosotros conocemos». JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Amigos de Dios*, Rialp, Madrid, n. 8. Cfr. ÍD., *Forja*, Rialp, Madrid, n. 85.

37. «En la prosa de los mil pequeños detalles diarios, hay poesía más que bastante para sentirse en la Cruz –aún en las jornadas, en las que parece que se perdió el tiempo– ¡víctima!, en una Cruz sin espectáculo». JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Apuntes íntimos*, n. 1372, cit. en VÁZQUEZ DE PRADA, A., *El Fundador del Opus Dei*, Tomo I: *Señor, que vea*, Rialp, Madrid 1997, p. 593.

38. Is 59, 1.

39. Cfr. TOMÁS DE AQUINO, SANTO, *In duodecim libros metaphysicorum Aristotelis expositio* (cura et studio M.-R. Cathala y Raymundi M. Spiazzi), Marietti, Taurini-Romae, 1964, IX, 1, n. 1780 y V, 14, n. 959.

40. Bien podrían aplicarse a Bartleby las siguientes palabras: «... el sutil talante postmoderno sabe que todo absoluto es por definición falso, por falaz y engañoso (...), y que su trabajo tiene, como uno de sus sentidos principales, el desenmascaramiento de los pies de barro que fundan a esos ídolos» (GELONCH, S., «Algunas notas acerca de la investigación en los Estudios Clásicos [Investigación, Hermenéutica, Postmodernidad y Mito]», en *Classica Boliviana. I Encuentro Boliviano de Estudios Clásicos* Andrés Eichmann, La Paz 1999, pp. 170-171).

de la visión pesimista de Bartleby es el espíritu protestante de su creador. Según éste, no puede haber una afirmación positiva del mundo, puesto que la naturaleza está intrínsecamente corrupta<sup>41</sup>. La podredumbre natural del hombre es confesada subrepticamente por Melville cuando, a través de la percepción del narrador, Bartleby es calificado como un enfermo incurable: «... el amanuense era la víctima de un mal innato e incurable. (...) tenía el alma enferma, y yo no podía llegar a su alma»<sup>42</sup>. A mi entender, el truco retórico de Melville estriba en que, al mismo tiempo, él ha hecho de Bartleby el más genuino representante de la humanidad, con la consiguiente encarnación de todos los absurdos que dicha representación conlleva.

A partir de esta observación, Bartleby debe ser visto como una pálida figura de Aquel que «tomó sobre sí nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores»<sup>43</sup>. La inmolación del personaje de Melville es, a semejanza de la de Cristo, ejecutada sin motivo alguno de condena, y sin queja por parte del damnificado. Es así, pues, que finalizando el relato, el escritor norteamericano no se ahorra en manifestar su deseo de que la humanidad toda sepa que la muerte del insignificante Bartleby se compara a la de un héroe bíblico, a la de un príncipe de Jerusalén, elegido para expiar los males de sus congéneres:

«—¿Eh?, está dormido, ¿verdad?

—Con reyes y consejeros —dije yo»<sup>44</sup>.

Así termina el relato del narrador interno sobre la vida de Bartleby. Por su parte, el final del cuento cuenta presenta una conclusión melancólico-trágica aunque modesta: *¡Ah Bartleby!* *¡Ah humanity!* En esta última expresión, el talante de Melville todavía se muestra moderno, porque, en su lugar, un posmoderno habría finalizado la historia haciendo recaer una carcajada sobre los absurdos y fracasos expuestos<sup>45</sup>.

Lo *quasi* paradójico del asunto es que tal desenmascaramiento —bartlebyano = posmoderno ateo— es en sí mismo activo; pero actividad desgarradora, porque Bartleby y la posmodernidad atea creen que lo que finalmente quedará desvelado es la Nada (Cfr. *Ibíd.*, pp. 173-176).

41. Cfr. PERCY, W., «Melville», en *Signposts in Strange Land*, Farrar, Strauss & Giroux, New York 1991, pp. 199-200. Debo a Juan Marrodán la lectura de este artículo.

42. MELVILLE, H., *Bartleby*, cit., p. 60.

43. Is 53, 4.

44. MELVILLE, H., *Bartleby*, cit., p. 100. «Ésta es una frase de *El Libro de Job*, 3, 11-16, citada de la Biblia, King James Version, que tiene una doble «!» en *counsellors*». Nota de M.E. Díaz en la edición —citada en la nota 3— del cuento, p. 109, nota 22.

45. Cfr., por ejemplo, JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Camino*, cit., n. 589.

*Bartleby justificado*

Es verdad que ese mismo contemplar el absurdo del mundo bartlebyano ya es un signo de inteligencia especulativa –actividad en el más alto grado, según Aristóteles–, pero, al ser todavía una visión negativa del mundo (y, a la postre, teología meramente negativa<sup>46</sup>), no puede desligarse completamente de la pasividad. Es aquí donde el heroísmo de Bartleby está muy lejos de ser igual al heroísmo cristiano que propone Escrivá. Y por ello debe ser justificado. Escrivá comprende a Bartleby, pero –en nombre de Dios– le exige más. Con una claridad sin precedentes, este santo ha transmitido a la humanidad una manera existencial activa de reconducir el sistema a su Creador y Señor. Por más lejos que el sistema parezca ir en su apartamiento de Dios, nunca será tanto como para que la confesión de nuestra fe sea vacía de contenido: «... ludens coram eo omni tempore, ludens in orbe terrarum, et deliciae meae esse cum filiis hominum»<sup>47</sup>. Ciertamente, para aceptar que el mundo contemporáneo es un escenario donde Dios se recrea con sus hijos como un Padre, hace falta una visión optimista del mundo. Y, de nuevo, la raíz de dicha visión también es bíblica: «viditque Deus cuncta, quae fecit, et ecce erant valde bona»<sup>48</sup>. En el nihilismo posmoderno, el mundo también es percibido lúdicamente, pero la diferencia estriba en que aquí no estamos ya a merced del Ser, sino de una supuesta y tiránica Nada.

Por otro lado, del *ut operaretur* bíblico que propone Escrivá, se deriva la supresión de cualquier oposición entre acción y contemplación<sup>49</sup>. De esta manera, da igual decir: el hombre trabaja al contemplar, o contempla al trabajar. Pues ambos términos se autoimplican. Esto significa que la contemplación de ningún modo puede brindarse en la pasividad –como sucede en el caso de Bartleby, que un día decide no trabajar más. Y con ello volvemos a la cita ofrecida al principio: *trabajar sin descanso*<sup>50</sup>. Por su parte, la pasividad de Bartleby tiene como consecuencia el aislamiento de los demás miembros del sistema: él piensa que nadie podrá ya comprenderlo. Así, el escepticismo decae en el mal de la soledad, cuya causa reside en atribuir a la inteligibilidad de las cosas una incomunicabilidad que le es ajena. Dios existe, sí, pero la espe-

46. Según apunta Percy, en la visión de Melville «not only Man is depraved, but God, too». PERCY, W., «Melville», en *Signposts in Strange Land*, cit., p. 200.

47. Prov 8, 30-1.

48. Gen 1, 31.

49. Cfr. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, Homilía «Amar al mundo apasionadamente», cit., nn. 113 y ss.

50. Cfr. nota 6.

culación sobre su naturaleza no me reporta más beneficio que la que pudiera hacer sobre la raíz cuadrada de menos uno<sup>51</sup>.

A lo más, en este debilitamiento de la comunicación –que Melville intuye proféticamente y con gran agudeza–, resta que los hombres se comuniquen mediante una mutua comprensión afectiva<sup>52</sup>. Ciertamente, esto es algo, pero no lo suficientemente radical como para establecer vínculos verdaderos de humana felicidad. Recordemos que ésta sólo es plenamente posible en el ejercicio de la *theoria*<sup>53</sup>, del intelecto especulativo. La razón práctica –puesta hoy de moda nuevamente por el pragmatismo<sup>54</sup>– no alcanza a ver de modo pleno el *quid divinum* ofrecido a la vista del hombre en toda realidad mundana noble<sup>55</sup>, porque su objeto no es la verdad primera, necesaria, *simpliciter*, sino la verdad contingente, que cambia<sup>56</sup>.

A través de Escrivá, en cambio, sabemos que la efectiva transmisión de la verdad divina –el apostolado: *contemplata aliis tradere*<sup>57</sup>– es el signo más claro de que ella conlleva la universalidad y necesidad en su naturaleza íntima. Ahora bien, la verdad, más aún, la verdad divina –ese *algo santo* al que se refiere san Josemaría– en ningún caso puede ser visto fuera del sistema: para contar con su visión, es preciso –siempre y en todos los casos– estar dentro de él. Más concretamente, ha de ser contemplado en el hecho: «No es casual que a un pensador del siglo XX, Martin Heidegger, le debamos esta luminosa sentencia: “Hecho es una palabra bella e insidiosa”»<sup>58</sup>. Efectivamente, no hay sistema sin hechos que lo creen; ni hay, al mismo tiempo, hecho sin un sistema que lo soporte como condición de posibilidad. El mensaje de Escrivá señala que a Dios no puede vérselo más que *desde, a través de, e incluso en* el movimiento: «No hay otro camino, hijos míos: o sabe-

51. Cfr. KNOX, R., *The hidden stream*. Edición española, *El torrente oculto* (trad. de Antonio Ugalde y Mariano del Pozo), Rialp, Madrid 1963 (2.ª ed.), pp. 73-74.

52. Es el caso del jefe en relación a Bartleby. Es claro que su afecto hacia el escribiente no habría sido posible sin un *minimum* de contemplación: él nota en Bartleby un misterio (cfr. *Bartleby*, p. 81), pero no mueve siquiera un dedo por entender radicalmente cuál es el motivo de la extraña actitud de Bartleby. No es otra la causa de la pobreza de su amor.

53. El objetivo de la obra citada de Pieper es recordar esta verdad clásica, que, según allí se muestra, con Tomás de Aquino alcanza su grado más alto de desarrollo. Cfr. también GILSON, É., *El amor a la sabiduría*, AYSE, Caracas 1974. Como es sabido, estas dos obras todavía consiguen mostrar exitosamente (a pesar de los años ya transcurridos desde su aparición) la vigorosa pervivencia del núcleo doctrinal de la filosofía tomista.

54. Cfr. NUBIOLA, J., «Pragmatismo y relativismo. Una defensa del pluralismo», en *Nuestro Tiempo*, 559-560 (2001), p. 106.

55. Cfr. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, Homilía «Amar al mundo apasionadamente», cit., nn. 113 y ss.

56. Cfr. TOMÁS DE AQUINO, SANTO, *Quaestiones disputatae de veritate*, q. 14, a. 4.

57. ID., *Summa theologiae*, II-II, q. 188, a. 6.

58. Citado en LLANO, A., *El diablo es conservador*, cit., p. 19.

mos encontrar en nuestra vida ordinaria al Señor, o no lo encontraremos nunca»<sup>59</sup>. A su vez, la filosofía de Aristóteles nos dice que «no hay movimiento fuera de las cosas»<sup>60</sup>. De más está que a todo esto se añade que –aun cabiendo cierta distinción<sup>61</sup>– no hay cosa sin hecho, y viceversa también.

Me parece que existe en la predicación de Escrivá de Balaguer una implícita teología positiva, y también una invitación a poner en acto el antiguo postulado medieval de reconducir todas las ciencias humanas a la ciencia divina, la teología<sup>62</sup>. De modo que, con renovado impulso, todo trabajador se convierta así en un filial investigador *de* Dios. Nótese, pues, que aquí el genitivo es subjetivo y objetivo a la vez: de una parte, por ser hijo de Dios, su actividad laboral participa de la omnipotencia divina; de otra, al trabajar, el hombre se comporta como un hijo que contempla asombrado las *magnalia Dei*<sup>63</sup> como el sello entitativo primordial en todo lo que atañe a su trabajo<sup>64</sup>. Frente a Bartleby, cabría destacar incluso otro elemento diferencial del modo en que san Josemaría concebía la corredención del mundo: la alegría. En la medida en que el trabajo del hombre sea un reflejo del Arte Primario y de la labor redentora de Cristo, la contemplación que el hombre ejerce en él, porta en sí una dimensión eucatastrófica, esto es, «la visión de un Gozo que los límites de este mundo no encierran y que es penetrante como el sufrimiento mismo»<sup>65</sup>.

Pero, con esto, todavía no queda dicho todo. A la síntesis del Génesis y del evangelio del trabajo, y, al mismo tiempo, la llave teológico-existencial por la que mirar a Dios, el mundo y el hombre, Escrivá le ha dado un título: *Camino*<sup>66</sup>. Así como para cualquier cristiano, todo trabajo, toda arte, toda ciencia, se encierra potencialmente en la fe que

59. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, Homilía «Amar al mundo apasionadamente», cit., n. 114.

60. *Aristotelous tã fysikã*. Edición española: ARISTÓTELES, *Física*. III, 1, 200b 33, p. 177.

61. Cfr. LLANO, A., *El diablo es conservador*, cit., 19.

62. Cfr. por ejemplo, BUENAVENTURA, SAN, *De reductione artium ad theologiam*. en *Obras de San Buenaventura*, I (texto bilingüe; ed. dirigida, anotada y con introducciones por León Amorós y otros), Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1945, pp. 643-67. Cfr. también GELONCH, S., «Algunas notas acerca de la investigación en los Estudios Clásicos (Investigación, Hermenéutica, Postmodernidad y Mito)», cit., pp. 177-81.

63. Act 2, 11.

64. En este sentido, podría investigarse el significado de la aplicación que Escrivá hacía a su doctrina de aquella leyenda del rey Midas, según la cual éste convertía en oro todo lo que tocaba.

65. TOLKIEN, J.R.R., «On fairy stories», en *Tree and Leaf: including the poem «Mythopoeia»*. Edición española: «Sobre los cuentos de hadas», en *Árbol y hoja y el poema Mitopoeia* (trad. de Julio César Santoyo), Minotauro, Barcelona 1994, 84. Cfr. ibíd., pp. 85-9.

66. «En *Camino* se recoge esencialmente el contenido vital de la espiritualidad que Mons. Escrivá de Balaguer ha extendido por el mundo». RODRÍGUEZ, P., *Vocación, trabajo, contemplación*, EUNSA, Pamplona 1987, p. 87.

confiesa en el símbolo<sup>67</sup>, de modo semejante, toda labor profesional cultivada en conformidad al mensaje de san Josemaría Escrivá, se halla potencialmente en lo que esa obra dice. Para un trabajador alimentado por el puchero del santo, este libro viene a ser la concreción de aquella fe, la luz primera que ilumina toda su actuación.

\* \* \*

Después de todo, por si no se ha desvelado todavía el misterio sobre el excéntrico personaje, hemos de repetir la pregunta una vez más: ¿quién era Bartleby? *Uno más* del sistema. Pero uno que ha conseguido elevarse por encima de aquél mediante su actividad contemplativa. No es otra la razón por la que el narrador siente consternación al tener que hablar de él: como un retazo del Espíritu, no se sabe de dónde viene ni adónde va<sup>68</sup>. Y a la hora de su muerte es cuando el clímax de la conmoción llega a su cumbre: como se ha dicho más arriba, el abogado siente estar ante un acto de carácter sagrado.

Entonces, ¿quién ha ganado el pulso: Bartleby o el sistema burgués? Basta comenzar a leer el relato para ver que el poder de la victoria de Bartleby se yergue a duras penas sobre el fracaso: su eficacia no ha alcanzado más que una débil conversión del sistema a la contemplación. En apariencia, y por más asombro y amor que Bartleby haya despertado en su jefe, éste no parece haber cambiado mucho. Esto es algo, pero no bastante<sup>69</sup>. Otra habría sido la historia quizá si el tiempo corriese también hacia atrás.

67. Cfr. TOMÁS DE AQUINO, SANTO, *Quaestiones disputatae de veritate*, q. 14, aa. 1-2.

68. Cfr. Io 3, 8; cfr. también *Bartleby*, pp. 61-62. A veces es muy sutil la línea aparente que separa al santo del perturbado mental. De ahí la genialidad de Melville al presentarnos —con tanta precisión para igualar los contradictorios— un personaje entre loco y sabio; un quijote, pero protestante.

69. «Not because one might disagree with his theology and philosophy, but because in the end both are perhaps incoherent». PERCY, W., «Melville», en *Signposts in Strange Land*, cit., pp. 202-203.